

¡CASTIGADAS!...

Como turba de alegres chiquillas
que en tropel abandona la escuela,
y cantando, cual pájaros libres,
á su casa de tarde regresan,
tras el largo trabajo del día,
siempre vivas, garbosas y frescas,
regresábais á mi alma, ilusiones,
coronadas de mirto y verbena.
¡Qué de flores hermosas traíais!
¡Cuán henchida de frutas la cesta!
En los labios, ¡qué risas tan dulces!
En el alma, ¡qué nobles promesas!

Aún os miro, mis pobres hijitas,
 impacientes tocar á la puerta,
 y con ansia de hacerme cariños
 muy aprisa subir la escalera.
 —¿Qué me traes, botoncito de rosa?
 —Este ramo de azules violetas...
 —¿Qué me da la señora de casa?
 —Su boquita de grana que besa.
 —Ya venís de cazar mariposas;
 os aguarda caliente la cena,
 y mañana, cantando felices,
 volveréis muy temprano á la escuela.

*
 **

Hoy despacio venís y enlutadas,
 poco á poco subís la escalera,
 con los párpados tiernos muy rojos,
 huerfanitas, calladas y enfermas.
 Ilusiones, ¡qué mala es la vida!
 la esperanza del bien, ¡qué embusteral!

y ¡cuán tristes, con cuánto cansancio
 volveréis de mañana á la escuela!

*
 **

Ni una flor en el búcaro roto...
 Los que vienen aquí se las llevan.
 ¡Como todo en la casa está triste,
 las palomas huyeron ligeras!...
 Ya no agitan sus alas de nieve,
 despertando á la luz mis ideas;
 no son aves de rico plumaje,
 no retozan, ni cantan, ni vuelan.
 ¿No lo veis? Por un claustro sombrío
 en la noche silente, atraviesan,
 con la toca y el hábito negros
 y en las manos la pálida vela.
 Van al coro sin verse ni hablarse;
 sola, obscura se mira la iglesia...
 ¡Cuán heladas las losas de mármol
 y cuán dura la fúnebre rejal
 ¡Oh, mis monjas! del mundo olvidadas

paso á paso volvéis á la celda,
y en el lecho, cruzados los brazos,
silenciosas quedáis como muertas.

*
**

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas
se trocaron las niñas traviesas?
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas... yo sé que sois buenas!
Sólo amor y ternura pedíais,
sólo os dieron engaño y tristeza;
Ilusiones... ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!... ¡yo sé que sois buenas!

EL HADA VERDE

(CANCIÓN DEL BOHEMIO)

¡En tus abismos, negros y rojos,
fiebre implacable, mi alma se pierde;
y en tus abismos miro los ojos
los verdes ojos del hada verde!

Es nuestra musa glauca y sombría,
la copa rompe, la lira quiebra,
y á nuestro cuello se enrosca impía
como culebra!

Llega y nos dice: —¡Soy el Olvido;
yo tus dolores aliviaré!
Y entre sus brazos, siempre dormido
yace Musset.

¡Oh, musa verde! Tú la que flotas
en nuestras venas enardecidas,
tú la que absorbes, tú la que agotas
almas y vidas!

En las pupilas concupiscencia;
juego en la mesa donde se pierde
con el dinero, vida y conciencia,
en nuestras copas, eres demencia...
¡oh, musa verde!

Son ojos verdes los que buscamos,
verde el tapete donde jugué,
verdes absintios los que apuramos,
y verde el sauce que colocamos
en tu sepulcro, pobre Musset!

CON JULIETA

¡Oh dulce ruiseñor, sigue cantando!
¡No ves cuán triste la apacible luna
alumbra el bosque, y cómo, murmurando,
se duerme la lagunal
¡Dulce poeta de brillantes alas
que en el silencio de la noche velas;
y cantas para ti, cuando no te oyen,
y á los tristes consuelas;
sigue en la rama del gentil granado,
nadie en el nido trémulo te llama...
En el cielo, poeta enamorado,
te está oyendo la estrella que te ama!

Tú, como yo, debes tener tristezas:
 ¿por qué, á la hora del amor, el nido
 abandonas ligero?
 ¿Nadie te aguarda en él? ¿Nadie te quiere?
 Estás enfermo como yo, y herido
 del imposible amor de que se muere!

Tu tierna serenata
 la escucha sola, en el sereno espacio,
 la casta Diana del carcaj de plata
 que vuelve pensativa á su palacio...
 Desdeñas á las aves: para ellas
 nunca tienes canciones,
 y cantas cuando brillan las estrellas
 y parecen dormidos los botones.
 Escondes tu dolor y tu ternura
 á las luces del día,
 y en el silencio de la noche oscura
 se abriga, como enferma, tu armonía.

¿Quienes oyen tus cantos? Los que sufren,
 los que no buscan el desierto lecho

porque en él les aguarda la tristeza,
 ó los que cantan himnos de ternura
 oprimiéndose pecho contra pechol

La pena y el amor te escuchan sólo:
 En el campo, las flores—esas mudas—;
 en el espacio, las estrellas blondas;
 y bajo el terso manto de las ondas,
 las silenciosas náyades desnudas.

Sigue cantando, ruiseñor. Si cesa
 tu serenata, que al amor evoca,
 la boca enamorada que me besa
 se apartará convulsa de mi boca.

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía,
 bien sabe mi dolor que viene el día!
 Hemos vivido un sueño muy hermoso,
 y yo no quiero despertar. Mañana,

tal vez la escala que tendí afanoso
no colgará ya más de tu ventana.

Pero hoy, es hoy aún, el alma sueña,
escucho al ruiseñor enamorado,
y en tu boca de grana, tan pequeña,
la canción de mi beso no ha cesado.

Tengo aún que decirte que te quiero...
No lo he dicho bastante
y necesito repetirlo ahora...
Y ya viene el dolor... viene la aurora.
¡Otro instantel ¡otro instantel

¡Oh, mi Julieta, la Julieta mía!
¿Por qué del grato sueño se despierta?
¿Por qué te he de mirar, pálida y fría,
sobre la tumba de mis sueños muerta?

Sigue cantando, ruiseñor querido!
Nadie te espera en el desierto nidol

Déjame en sus cabellos esconderme...
déjame ver su rostro idolatrado...
sigue en las ramas del gentil granado.
¡Oh, canta, ruiseñor! ¡Alondra, duerme!